

La Novela Americana Cinematográfica



NÚM. 42

Vecinos pendencieros

30 cts.

por
Eddie Quillan
Theodore Roberts

LA NOVELA AMERICANA
CINEMATOGRÁFICA

Publicación semanal

Francisco - Mario Bistagne
Director

AÑO II

NÚM. 42

NOISY NEIGHBORS
1929

Vecinos pendencieros

Comedia, interpretada por
Theodore Roberts, Eddie Qui-
llan, Alberta Vaughn y la fami-
lia Quillan

EXCLUSIVA DE

S. A. G. E.

Selecciones "Julio - César"
Aragón, 316 — BARCELONA

Postal-regalo: **LOUISE BROOKS**

Ediciones BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis. - Barcelona

Vecinos pendencieros

Argumento de la película

Mediados del siglo XIX...

Las familias Carstairs y Vanrevel, linajudas y acaudaladas, vivían desde hacía largos años, en fincas contiguas, situadas en Charlesville (Virginia) y hallábanse enlazadas por estrecha amistad.

Cierta vez, en ocasión de una visita de los Vanrevel a casa de sus vecinos, se promovió entre los dos jefes de familia, una disputa.

—Perdóname, Vanrevel, si yo afirmo en contra de su opinión, que aquellas fiestas eran brillantísimas—dijo Carstairs.

—Yo creo que usted se equivoca, amigo mío.

—¿Quiere usted decir, señor mío, que yo miento?

—Puede usted creer lo que le plazca.

Indignado Carstairs por aquella contestación, abofeteó a su vecino Vanrevel.

Este, furioso, se inclinó y dijo:

—Esta ofensa rompe nuestras relaciones y hace que entre nosotros se declare el odio. Mis padrinos visitarán a los de usted.

Y marchó de aquella casa, dispuesto a no volver a poner jamás los pies en ella.

A la mañana siguiente se celebró el desafío. Vanrevel resultó gravemente herido y tardó mucho tiempo en restablecerse.

Y a partir de aquel día, ya lejano, las generaciones de Carstairs y Vanrevel habían proseguido, tenaces y sañudas, sus luchas feroces, procurando exterminarse.

Era ya tradicional en la comarca aquella rivalidad. Los años pasaban, pero el odio no se amortiguaba nunca. Pasó tiempo. Los Vanrevel habían abandonado la ciudad para instalarse en la alta montaña.

Una parte de la familia Carstairs, vivía también en la montaña sosteniendo con sus vecinos las mismas luchas que anteriormente.

Otros descendientes de los Carstairs, habitaban en Charlesville, donde habían vivido sus antecesores. La casa vecina que había pertenecido a los Vanrevel estaba ahora cerrada.

Los Carstairs que vivían en la ciudad eran el coronel Juan Carstairs, su bella hija María, y David, sobrino del primero.

El coronel y sus familiares, gente culta y educada, no sentían en tan sumo grado aquel odio

feroz que contra los Vanrevel conservaban aún los parientes montañeses.

Cierto día, se enteraron por el periódico del asesinato de un Vanrevel, el último descendiente de aquella antipática generación.

—¡Esto es indigno!—rugió el coronel—. Nuestros parientes de la montaña son gente desalmada, miserable. Ellos son los asesinos. Quiero ir a verles para censurar su baja conducta.

—No vaya usted, tío—le dijo David—. Al fin y al cabo los Vanrevel eran enemigos tradicionales de nuestra familia.

—Es una cobardía lo que están haciendo nuestros parientes—dijo María.

—No, no quiero ir—dijo el coronel—. De todas maneras, querida María, tu primo tiene razón. No debemos mezclarnos en sus luchas.

Y no volvieron a ocuparse más de aquellas peleas que en Virginia sostenían gentes ignorantes que se trasmítian el odio como una herencia.

* * *

Algunas semanas después llegaba a Charlesville una familia de artistas de music-hall.

Era la familia Monarch en la que todos sus miembros eran músicos y acróbatas.

Estaba constituida por matrimonio y seis hijos, el mayor de veintidós años.

Al entrar en el music-hall, vieron un cartel con el programa de las atracciones. El nombre

de Monarch figuraba en último término y en letras tan minúsculas que casi se hacía difícil su lectura.

—Nosotros deberíamos figurar en el cartel con más reclamo y con letras más visibles—dijo Eddie, el hijo mayor.

—Tienes razón—respondió el padre—. Hablaré con el empresario para exigirle que varíe el cartel. Si no accede le amenazaré con rescindir nuestro contrato.

—No insista usted en tal amenaza por si acaso...

—¿Me vas a dar lecciones de cómo hay que tratar a los empresarios?

Sin nuevos comentarios, fueron a instalarse en el camerín que debían ocupar en el music-hall durante los días de actuación.

Eddie, con su saxofón bajo el brazo, se dirigió a un establecimiento de material de música.

—Cincuenta céntimos de pipas de saxofón—dijo—. Y a ver qué descuento se me hace por profesional.

Le dieron las pipas con un veinte por ciento de descuento, y Eddie comenzó a probar allí mismo la sonoridad del aparato.

En la misma tienda se hallaba ante el piano tecleando una pieza de música, María Carstairs que era muy aficionada al arte.

Entró en el almacén un sujeto de aspecto sospechoso que al ver un monedero que María había dejado sobre el piano, quiso aprovecharse de algún momento de distracción de la joven.

Mientras María se hallaba ensimismada estudiando las notas musicales, el ladrón se apoderó cautelosamente del monedero y echó a correr.

Eddie había visto la maniobra y antes de que el "caco" pudiera trasponer los umbrales de la puerta, se lanzó sobre él, arrebatiéndole el bolso tras una emocionante lucha.

María se levantó, dando gritos de auxilio. Acudieron varios policías y se llevaron al amigo de lo ajeno.

Eddie devolvió el monedero a la joven que miraba con profunda dulzura a su salvador.

—Le agradezco el servicio que acaba de hacerme—dijo—. Pero... ¿es usted músico?

—La menor cantidad posible de músico. Pertenezco a la troupe Monarch que mañana debutará en el teatro de Variedades.

—Iré a verle a usted trabajar.

—Encantado de tenerla a usted entre mi público.

Todavía permanecieron un buen rato hablando de arte y de los ensueños de gloria que él acariciaba, y al despedirse, el amor había tenido ya sobre aquellos juveniles corazones sus blancas alas de ensueño.

Eddie regresó al teatro, loco de felicidad, pues era la primera vez que su alma se sentía interesada por algo más que por el arte.

En el teatro, Monarch había ido a quejarse al empresario del poco espacio que les reservaban en el cartel.

—Nuestro agente en Nueva York me aseguró

que usted nos trataría con mayor consideración —dijo.

—En mi teatro mando yo y no admito lecciones de nadie.

—¿Y si en vista de su grosería rompiera yo mi contrato?

—¿Ha oído usted, Millye?—dijo el empresario a su cajero—. Devuelva su contrato a este presuntuoso.

—Pero...

—Usted y su familia quedan libres. Desalojen inmediatamente los camerinos que ocupan en mi teatro.

Desconsolado ante aquella derrota, el pobre Monarch tuvo que regresar lentamente a reunirse con los suyos.

Eddie había llegado momentos antes y como sus hermanos le vieran preocupado, le dijeron:

—¿En qué piensas, Eddie?

—En una personita que llena por entero mi imaginación y que se acaba de hacer dueña de mi alma.

Entró Monarch, arrastrando los pies, en el semblante las huellas de un profundo disgusto.

—¿Qué traje vestirá usted para el debut, padre?—preguntóle Eddie.

—Ninguno, hijo. Puedes dejarlos todos en el baúl.

—¿Por qué? ¿Hay alguna mala noticia?

—La peor. El empresario ha rescindido nuestro contrato. Estamos sin trabajo y sin un céntimo. ¡Qué será de nosotros!

¡Dolorosa situación! Durante un largo rato guardaron todos un amargo silencio. ¿De qué iban a vivir? ¿Qué iba a ser de ellos?

Y cuando más tarde, después de arreglados sus equipajes, abandonaron el teatro, un caballe-



¿De qué iban a vivir?

ro, el abogado señor Gilbert, de Charlesville, se acercó a ellos, preguntándoles con gran interés:

—¿Ustedes no son descendientes de los Vanrevel de Charlesville?

—Sí, señor.

—¡Por fin les encuentro y vengo a traerles la fortuna y la felicidad!

—¿Cómo? ¿Qué dice usted?

—Son ustedes los únicos herederos de la poderosa familia Vanrevel. El último que había murió asesinado hace poco en la montaña. Venigan conmigo. Todos los documentos están en mi despacho, y en el acto les pondré en posesión de su casa y de su dinero.

—¡Albricias, albricias! ¡Nuestras penalidades han terminado!

Y locos de júbilo, ante aquella herencia inesperada, acompañaron al abogado a su bufete para formalizar el traspaso del importante legado.

* * *

Y en pocas horas, puesto que todos los papeles estaban en regla, la familia de los saltimbanquis se vió dueña de la finca y de la fortuna de los Vanrevel.

Corrieron a instalarse en la magnífica casa de los Vanrevel, vecina de los Carstairs y que había permanecido cerrada durante tanto tiempo.

Los antiguos artistas trashumantes comenzaron a gozar de las delicias de su nueva posición.

En casa de los Carstairs comentaban extrañados la instalación de los nuevos vecinos. ¿Quiénes serían? Ni por un momento, pudieron pensar el coronel ni David que se tratase de aquella raza odiada.

Aquel día, María celebraba la fiesta de su

santo, y era feliz y dichosa con la recepción que iban a dar por la noche a sus conocidos.

Los hijos pequeños de los Monarch, persiguiendo a una blanca gallina, saltaron la tapia que daba a la casa del coronel y comenzaron a correr en seguimiento de la ave por los terrenos de esa finca.

Eddie corrió también para dar alcance a la bestia y consiguió hacerlo cuando ya la gallina se metía en el recibidor de la casa de Carstairs.

Al ir a cogerla, Eddie resbaló. Por fortuna no se hizo daño y pudo detener a la díscola ave, causante de todo el alboroto.

María había salido al patio ante aquel griterío. Al ver al joven del saxofón, lanzó un grito de sorpresa.

También Eddie que no se arrancaba de su alma el recuerdo de la muchachita, sonrió admirado al verla.

—¡Ah, pero usted... es usted! ¿Vive usted en esta casa?

—Claro que yo soy yo... ¿Y el nuevo vecino es usted?

—Sí. Estoy con toda mi familia. Estos son mis hermanos.

—¡Qué felicidad tener a ustedes tan cerca!... ¿Quiere usted asistir esta noche a la fiesta organizada para festejar mi santo?

—De mil amores.

Aparecieron el coronel y su sobrino David. Este, frunció el ceño, repentinamente celoso, al

ver a María hablando íntimamente con un desconocido.

Prostestó el coronel al ver destrozadas varias plantas del jardín que habían sido pisoteadas por la chiquillería vecina.

Eddie, sonriente, se excusó por haber invadido el cercado ajeno. Llegó también el señor Monarch quien dijo:

—Perdone, señor. No quería perder este bicho que está admirablemente amaestrado y que me ha hecho ganar mucho dinero cuando yo me dedicaba a exhibirlo.

—Podrían ustedes tener más cuidado. Han destrozado mi jardín. Márchese con su gallina y con toda la cría de usted.

Desgustados por aquel frío recibimiento, los Monarch regresaron a su casa, mientras el coronel, gran enamorado de su jardín, se lamentaba aún de que los chiquillos hubiesen pisoteado flores que estaban en pleno esplendor.

María comunicó después a David que había invitado al joven Eddie a la recepción nocturna.

David que deseaba casarse con María y era muy celoso, puso el grito en el cielo al enterarse de la invitación y corrió a comunicar al coronel:

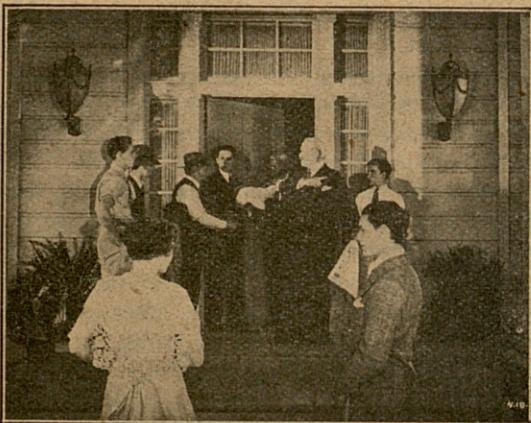
—¿No sabes? María ha tenido la ocurrencia de invitar para esta noche a ese saltimbanqui domesticador de animales. ¡Mi prima está loca!

—Pero, ¿tú has hecho eso, María?

—Abuelo, usted ignora que ese muchacho es

el que arriesgó su vida para defender mi bolso de las garras de aquel ladronzuelo.

—¿De veras? ¿Por qué no lo decías antes? ¡Con qué brutal dureza he tratado yo a esa pobre gente!



—Han destrozado mi jardín.

—¿Y si esos nuevos vecinos fueran los descendientes de los Vanrevel? —dijo David—. Entonces sería preciso exterminarlos.

—Tu sospecha es infundada—respondió sonriente el militar—. Ya no queda sobre la tierra ningún brote de la casta Vanrevel.

—¡Ojalá no te equivoques! Pero yo he de

averiguar quiénes son y por qué están ahí nuestros extraños vecinos.

E hizo un gesto de amenaza que atemorizó a María, cuya alma nunca había sentido amor hacia su primo.

* * *

Celebróse aquella noche la fiesta del santo de María. Había muchos invitados.

David procuraba permanecer siempre al lado de su prima y bailar con ella, pero la joven estaba molesta con su compañía.

Viendo a una mujer ya algo entrada en años que estaba sola en un rincón, la llamó y dijo, sonriente, y señalando a David:

—Mi primo David siente el deseo de bailar con usted, pero es tan tímido que no se atreve a decirlo.

David le lanzó una mirada furibunda, pero cediendo a las cortesías sociales, no tuvo otro remedio que bailar con la poco simpática señora Gasdene. Y María, riendo, aprovechó su treta para retirarse a un pequeño saloncito y confiar al piano las angustias de su corazón.

Porque en aquella espléndida fiesta faltaba para María alguien que le hubiera podido dar la felicidad. El joven Eddie. Este, naturalmente, después de la brusca actitud del coronel, no se había atrevido a ir a aquella casa. Y ahora, escuchaba María a través de las ventanas abiertas,

la música del saxofón que Eddie hacía tocar desde la casa vecina, tal vez para ahuyentar alguna profunda pena.

La presencia del coronel interrumpió las meditaciones de la chiquilla.

—He procurado que en este día de tu santo fueras dichosa. ¿Qué te falta? ¿Por qué estás triste? —le dijo.

—Me falta la presencia de ese muchacho vecino nuestro —respondió con sinceridad.

—Pues que venga... Voy a invitar a toda esa familia...

—¡Gracias, papá!... Ahora sí que me verás sonreír.

Volvieron los dos al salón, y cuando David se enteró de quienes iban a venir, frunció el ceño y dijo mirando airadamente a María:

—Es intolerable tu capricho de invitar a ese titiritero. ¿Acaso quieres martirizarme?

—Martirizarte, no; pero hoy es mi santo y tengo libertad para hacer mi gusto.

—Eso es intolerable.

—¿Estás celoso de ese saltimbanqui? —dijo, riendo.

—¿Cómo voy a sentir celos de un pobre diablo. Me irrita, sí, que esa gentecilla se mezcle con caballeros como nosotros.

—Bueno estás tú.

David se alejó y al ver pasar al abogado Gilbert, uno de los invitados, le llamó y preguntó si tenía noticias de quiénes eran en realidad aquellos titiriteros.

—Sí. Lo sé —exclamó—. Bajo el seudónimo de los Monarch se ocultan los descendientes de la última raza de los Vanrevel.

—¿Qué dice usted? ¿Es posible?

—¡Ya lo creo! Yo les he puesto, precisamente, en posesión de la herencia.

—¡Los miserables! ¡Raza maldita!

—¿Por qué se indigna usted? Ellos son ajenos a los odios que durante tanto tiempo han existido entre su familia y la suya.

—¡No... no!... ¡Hay que exterminarlos!

E impulsado por feroz despecho, David se dirigió a telefonear a sus parientes de la montaña, para recabar su auxilio.

—¡Venid pronto! —les dijo—. Han aparecido otros Vanrevel. Hay que saciar nuestra justa venganza.

—¡Oh, no se nos escaparán! Salimos en seguida para Charlesville.

Contento con su obra, volvió al salón encontrando a María a quien comunicó:

—Estarás contenta. Acabo de saber que esos Monarch descienden de los malditos Vanrevel.

—¿Y qué importa que pertenezcan a esa familia? —respondió ella con serenidad—. Aquellas luchas ya terminaron.

—Hay que aniquilarles...

—¡No, no! Es preciso desterrar del corazón toda idea de odio. Los años, al pasar, hacen que todo se olvide y se perdone.

—Eso ya lo veremos.

Se dirigió a hablar con el coronel, pero no

pudo comunicarle la noticia por hallarse éste rodeado de varios amigos... ¡No importa!... Esperaría unos momentos...

Pero en aquel instante, el coronel, David y otros invitados vieron a la familia de saltimbanquis aparecer en el contiguo recibidor.

* * *

Los Monarch, que habían sido avisados por un criado de los Carstairs, de que la señorita María deseaba que asistiesen a la fiesta, entraron en aquella casa ávidos de paz y vestidos con sus mejores galas.

Entre ellos, Eddie, era el más feliz, pues iba a ver a la mujercita de sus pensamientos.

El coronel, con el ceño adusto, pues a pesar de la invitación, no gustaba de que unos saltimbanquis se presentaran en su casa, avanzó a su encuentro.

Monarch, su mujer y sus hijos se inclinaron en reverencia cortesana, y el primero dijo:

—¡Saludamos al veterano coronel que nos abre las puertas de su casa!

Detrás del coronel, vino su hija María y también David... Este miró con irónica burla a los que consideraba inferiores a él, pero en cambio, María les atendió muy afectuosamente, saludándoles a todos y de una manera particular a Eddie.

—Es usted un buen vecino, coronel—dijo el señor Monarch—y espero que entre nosotros, existirá entera amistad.

—Así lo espero también—repuso el coronel haciendo un esfuerzo y brindando la mano a su vecino—. Pero, pasen, pasen ustedes...

Los ocho individuos que constituyan la familia Monarch entraron en el gran salón, causando la admiración y el asombro de todos.

Muy disgustado iba el coronel con aquella compañía, pero, ¡qué remedio!, su hija se había empeñado en ello... David les dirigía miradas burlonas mientras María contemplaba a Eddie con adoración.

—Nuestros vecinos los Monarch—dijo el coronel, presentándoles.

—Saludo a todos—dijo grotescamente el artista—. ¡Ah, caramba! Tiene usted una gran casa, señor. Vivir aquí es más grato que rodar por los escenarios haciendo reír a las gentes.

—Este es el gran artista Eddie Monarch—dijo María, alegramente.

—Que tenga la bondad de mostrarnos algunas de sus habilidades—añadió David con ánimo de hacerle quedar en ridículo.

—De mil amores.

Y Eddie con un pañuelo comenzó a realizar hábiles juegos de manos.

Fué grandemente aplaudido, a pesar de que David murmuró al oído de uno de los invitados:

—Ciertamente no veo la gracia a lo que hace este artistillo.

Y luego dirigiéndose a Eddie, le dijo:
—¿Por qué no baila usted? Quizás sus danzas tengan más gracia que su magia.
—Mi padre y yo ejecutaremos un baile cómico—contestó el joven sonriente.



...comenzó a realizar hábiles juegos...

Y en el acto, su padre y él comenzaron a bailar una danza de gracia tan chispeante que todos los concurrentes prorrumpieron en una ovación.

La esposa de Monarch y los demás hijos miraban enternecidos el triunfo de los suyos..,

David rabiaba al ver él éxito de sus enemigos. Parecía imposible que les hiciesen caso...

También Monarch, el padre, hizo varios juegos de magia, y escamoteó un pañuelo con suma habilidad, lo que causó la admiración y el entusiasmo del coronel, muy aficionado a tales juegos.

—Es entretenidísimo ese juego del pañuelo—dijo a Monarch—. ¿Quiere enseñarme el truco para distraerme yo y asombrar a mis viejos amigos?

—Con mucho gusto.

Se retiraron a un rincón, y Monarch le explicó varias veces la trampa, que el coronel procuró imitar aunque con la torpeza de los poco avezados a tal habilidad.

La orquesta tocó un baile y la gente joven danzó. David, malévolamente, dijo a Eddie separándolo de la bella María:

—En vista de su mérito como bailarín, voy a proporcionarle una digna pareja.

Y presentándole a la señora Gasdene, la vieja y fea solterona, le dijo:

—El señor tiene gran interés en bailar con usted.

Eddie frunció el ceño. ¡Antipático caballero!... Pero, a fuer de cortés aunque él hubiera preferido bailar con María, vióse obligado a servir de pareja a la solterona otoñal.

María no se resignaba a que triunfase David en su maniobra. Así es que momentos después

tocó por la espalda a la señora Gasdene que estaba bailando con Eddie, y le dijo:

—Señora Gasdene, la llaman a usted por teléfono.

—Gracias... Perdone usted un momento, joven.

Desapareció la otoñal, y María dijo entonces a Eddie, ante el asombro de David que había estado observando toda la escena:

—¿Quiere bailar conmigo? Es usted demasiado joven para hacerlo con aquella señora.

—Es usted adorable, María.

Y bailaron los dos, mientras David, derrotado y confuso, deseaba que llegasen cuanto antes los parientes montañeses para exterminar a aquella maldita raza de los Vanrevel.

Cuando volvió la señora Gasdene, después de haber preguntado inútilmente por teléfono, vió a Eddie que bailaba con María y tuvo el presentimiento de que la llamada telefónica era una excusa provocada por la hija del coronel. E interiormente lloró la amargura de su fracaso, de su soltería sin amor.

El coronel, muy campechano ya con los Monarch, había invitado a éstos a tomar unas copas de champaña, en una salita cercana.

—Deseo que el día de hoy marque una buena amistad con nuestros vecinos los Monarch.

El artista levantó su copa y dijo, sonriente:

—Yo tengo que declarar, coronel, que el de Monarch es tan sólo nuestro nombre de teatro.

—Entonces...

—Nuestro verdadero nombre es Vanrevel.

—¿Vanrevel?

Tembló, pareció sacudirle el odio atávico... ¡Los Vanrevel! ¡Las gentes odiadas, terriblemente odiadas!...

Pero vió pasar por el vecino salón a María y a Eddie que bailaban y hablaban dulcemente.

El coronel no había sido nunca rencoroso. Miró a la pareja y luego dijo, alegramente:

—Sí, olvidemos toda clase de odios... ¡Por nuestra ventura y por la de nuestros hijos!

Y con los Monarch apuró unas copas de champaña.

Monarch, complacidísimo por las atenciones que con ellos tenía el dueño de la casa, dijo cuando volvieron al salón:

—Para corresponder a la amable invitación del coronel, yo propongo a todos ustedes que pasen a nuestra casa en donde ejecutaremos algunos ejercicios que les agradarán.

—¡Admirable! ¡Aceptamos complacidísimos!

—dijo el coronel.

—Vamos a marchar... y dentro de un cuarto de hora pueden venir ustedes.

Salieron los Monarch, y volvieron a su casa... Monarch dió instrucciones a su mujer y a sus hijos que vestían ya caprichosos trajes sobre los números que iban a realizar. Eddie no había llegado aún, pues después del baile, había ido a pasear con María por el jardín de la casa del coronel.

David, entretanto, protestaba contra la aceptación del coronel.

—Comprenderá usted, tío Juan, que nosotros no podemos pisar la casa de los Vanrevel—le decía.



...dió instrucciones a su mujer y a sus hijos...

—¿Por qué no? Es preciso que termine ya el odio que a ellos y a nosotros nos ha separado durante setenta años.

—Por mi parte, el odio ha de subsistir.

—¡Rencoroso!

Y allá, en el jardín, ajenos a lo que ocurría,

Eddie y María vivían momentos de intensa emoción.

Eddie, loco de amor, sin poder contener sus entusiasmos, apretó contra su pecho a María y le dió un largo beso de amor.

Pero aquel beso robado, molestó a la muchacha que no admitía que las caricias le fueran impuestas.

—¡Atrevido! —dijo—. ¡Insolente! ¡Márchese de aquí!

—Perdone, María, yo...

—No quiero verle más...

Eddie, desolado, regresó a su casa, mientras María volvía a la suya y se dirigía a su habitación.

Al hallarse sola, se confesó que había tratado duramente a aquél muchacho.

El beso no llevaba mala intención. El beso era el símbolo de que él la quería de veras... Pero lo que había molestado a María era que Eddie parecía haberla besado a traición.

—Pobre Eddie! Sí, le quería, no había por qué dudar... Y luego, al enterarse por su padre de que iban todos a casa de los Monarch, quiso acompañarles para reconciliarse de nuevo con el hombre que amaba, con el hombre a quien perdonaba de veras.

Y entretanto, los feroces Carstairs montañeses, avanzaban para satisfacer su venganza contra los Vanrevel.

* * *

Cuando los invitados del coronel, juntamente con éste y su hija, iban a dirigirse a casa de los Monarch, llegaron los tres Carstairs montañeses.

Su presencia anunciaaba de seguro alguna mala cosa. El coronel, temeroso, acompañado de David, les hizo pasar a una salita.

—La maldita tribu de los Vanrevel ha estado en esta casa—dijo el jefe de los montañeses.

—¿Y qué importa ello?

—Usted ha permitido que esa gente inmunda pise este lugar.

—Cuando les invité, ignoraba que esta familia Monarch estuviera constituida por los últimos Vanrevel.

—No es cierto—dijo David violentamente. Lo que sucede es que el tío Juan quiere perdonar a esa gente odiosa.

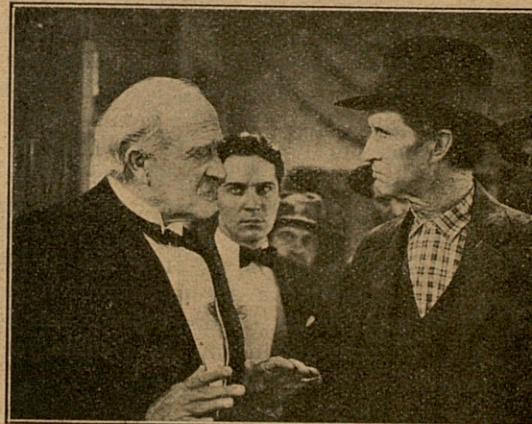
—Usted siendo traidor al apellido Carstairs los perdonará, pero nosotros, no—gritó un montañés.

—Vosotros no podéis agredir a esa familia, porque ellos no han tomado parte en nuestras luchas—dijo el coronel que comenzaba a temer por sus inocentes vecinos.

—¡No importa!—rugió el jefe montañés, hombre en cuyo rostro se veían retratadas todas las

malas pasiones—. Nosotros los Carstairs, tenemos hecho juramento de matar a todo Vanrevel, sea hombre, mujer o niño, y hemos de cumplir el sagrado compromiso.

—Esto es una infamia.



...no podéis agredir a esa familia...

—Hacemos honor a nuestra tradición.

—Así debe ser. No tengáis compasión de ellos—dijo David, acuciando a aquella especie de fieras.

Los montañeses rechazando al coronel, salieron de la casa a fin de tomar sus medidas para

el exterminio de aquella pobre e inocente familia de saltimbanquis.

María había estado escuchando detrás de una puerta la dolorosa conversación. Y temiendo por la vida de Eddie y de los suyos, se dirigió velozmente, antes de que pudieran hacerlo los montañeses, a casa de sus vecinos.

Los invitados comentaban en el salón la inesperada presencia de aquellas gentes. El abogado Gilbert les dió detalles de que los Monarch eran los descendientes de aquella familia Vanrevel tan odiada por los Carstairs. Y todos pensaron, recordando el rencor tradicional que separaba a las dos familias, que iba a estallar una nueva explosión de odio.

Renunciaron los invitados a ir a casa de los Monarch y marcharon a sus respectivos hogares, con el ansia de encontrarse seguros ante la próxima pelea que adivinaban iba a ensangrentar las calles de la ciudad.

* * *

Mientras tanto, María llamaba insistenteamente a la casa de los Monarch. El padre quiso abrir, pero Eddie, al ver por una ventana que se trataba de aquella mujer, rogó que no le franqueasen la entrada.

—¡Dejadme pasar, dejadme!—sollozaba la muchachita.

Conmovido por aquellas voces y olvidando ya

el incidente ocurrido en el jardín, apresuróse el propio Eddie a abrir a María.

—¿Qué quieres?—le preguntó tristemente.

—¡Eddie! Avisa a los tuyos... ¡Estáis en peligro de muerte!—sollozó.

—¿Por qué? ¿Qué hemos hecho?

—Sois descendientes de los Vanrevel, y entre vuestra familia y la nuestra es característico el odio... Los montañeses vienen a cumplir su juramento de exterminio.

—¡Desgraciados de nosotros! Gracias, María, gracias por tu advertencia. ¿Y me perdonas aquel beso? No quise ofenderte; nada más lejos de mí... Sólo fué una muestra del inmenso amor que me inspiras.

—Te perdono y te quiero... Pero no perdamos tiempo... ¡Huid!

—¡Es demasiado tarde! ¡Ahí están esos montañeses!

Desde la puerta acababan de ver aparecer a aquellas gentes tan odiadas y feroces.

Eddie cerró la puerta, y entró en el piso en compañía de María. Ya era imposible escapar... La casa sólo tenía una salida y estaba copada por los enemigos.

Pero Eddie no perdió la serenidad... Encerró en una habitación a toda su familia y a María rogándoles no se moviesen de allí pues él solo se bastaba para librarse de aquella gentuza.

—¡Quédate aquí con nosotros!—decía María.

—No... Entonces moriríamos sin remedio. No os mováis... Yo venceré a esa gentuza.

—¡Hijo mío, hijo mío!—suspiraba la madre. Eddie, conmovido por aquellas manifestaciones y comprendiendo que no podía perder ni un minuto de tiempo, salió de la habitación, descendiendo por las escaleras hasta la planta baja.

Los tres montañeses, revólver en mano, habían entrado ya en la casa y se desparramaron por las habitaciones, con un ansia inaudita de matar, de acabar con la vida de aquella familia odiada y maléfica.

Uno de ellos vió a Eddie que cruzaba un pasillo y comenzó a perseguir al joven dando terribles gritos de venganza.

Pero alguna vez los trucos del music-hall pueden servir para librarse de acechanzas mortales.

Eddie, tranquilamente, entró en un cuarto, y se ocultó en un armario revestido de paños negros y con doble fondo.

Ciego de furor, el montañés entró también en el armario, pero entonces Eddie hizo accionar un resorte, cedió el suelo, y el bandido, sin apoyo en los pies, deslizóse hacia una especie de fondo tenebroso, de donde le fué ya imposible salir.

Del mismo modo atrajo Eddie a los otros dos bandidos a la cámara oscura, y con ambos repitió el truco, yendo todos a caer al mismo fondo...

También David penetró en la casa, con el mismo ánimo de venganza que animaba a sus parientes, y tuvo que sufrir la misma suerte que

los montañeses: Entrar en el armario y caer en el foso.

¡Ya estaban rendidos! ¡Ya no les amenazaba ningún peligro!

Momentos después entraba el coronel que, revolver en mano, preguntó a Eddie:

—¿Y María? ¿Dónde está María?

—En sitio seguro, coronel. Ya nadie podrá estorbar nuestra reconciliación.

Dirigíeronse a la habitación donde se hallaban María y los Monarch y hubo entre todos una escena conmovedora, de gratitud y de amistad.

El coronel mandó a buscar la policía quien se hizo cargo de los tres montañeses sobre los que pesaba la terrible acusación de varios asesinatos, cometidos contra algunos Vanrevel.

David fué puesto en libertad, gracias a la intervención del coronel, pero aquella misma noche, abandonó Charlesville, fracasado en sus odios y en sus propósitos de casarse con María.

—¡Y ahora ya nada nos separará!... Seremos buenos vecinos—dijo el coronel a los Monarch. —Por mi parte lo deseo con toda mi alma.

—Y por nosotros no ha de quedar. Vecinos de amistad íntima—contestó el señor Monarch.

Cerca de allí, María y Eddie se arrullaban tiernamente, reconciliados también en su amor.

El coronel, estrechando la mano de Monarch, dijo mientras daba una chupada a su gran cigarrillo puro:

—Me parece que vamos a ser algo más que vecinos, querido.

—Soy de igual opinión.

Y sonrieron con ansias de constituir entre aquellas dos ramas que hasta entonces se habían odiado tanto, una sola familia, nido de tranquilidad y dulces afectos.

* * *

Los montañeses fueron condenados a muchos años de presidio. David desapareció para siempre. Casáronse María y Eddie... Y el odio de Carstairs y Vanrevel quedó trocado en amor, dulce palabra subyugadora del corazón.

FIN

Ha sido revisado por la censura

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1

Tip. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

**Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica**

¡Lo mejor del cine!

Últimos éxitos:

El pagano de Tahití

Estrellas dichosas

La senda del 98

Espejismos

Evangelina

Orquídeas salvajes

El caballero

Egoísmo

Acaba de aparecer:

La máscara del diablo

En preparación:

¡Acontecimiento!

El pan nuestro de cada día

por Charles Farrell y Mary Duncan

¡SIEMPRE LO MEJOR!

Precio: 1 peseta

La Novela para Todos

Números publicados:

- 1. Mary la buena, Mary la mala**
por Manuel Reinlein Sotomayor
- 2. La que no pudo ser mala**
por Sara Instá
- 3. La estrella de los montes**
por R. Merchán Vargas
- 4. Ella, Él y el Perro**
por Jorge Cary
- 5. Alicia, la divina amante**
por L. Linares Lorca
- 6. Una mujer extraña**
por Mariano San Ildefonso
- 7. Se necesita un socio capitalista**
por C. Montellano
- 8. Gente de ahora**
por Antonio Guardiola
- 9. La Nochebuena en el penal**
por Alfonso Vidal y Planas
- 10. Marta, prima de Gertrudis**
por Domingo de Fuenmayor

Próximo número:

El cantador de Tangos
por Francisco-Mario Bistagne

Precio: 30 cts.

E
B